

Le Pêle-Mêle

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCION:
PARÍS — 7, Rue Cadet, 7 — PARÍS

Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las subscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



Duelo á la moderna

— ¿Quedamos en eso, eh, Camarero? ¡No se le olvide que á mi adversario y á mi nos gustan mucho los entremeses!...

CLAUDIO EL PERDIDO

Las manos en los bolsillos, corva la espalda, el vientre vacío, Claudio vaga sin rumbo.

De uno á otro extremo de París, desambula ensimismado, casi fiero, arrastrando sus despojos, ya por los barrios ricos, ya por las callejuelas miserables.



Porque Claudio gusta de esos contrastes; su filosofía encuentra á menudo en ellos enseñanzas que le consuelan en sus cuitas. Hoy, sin embargo, aquélla es impotente para reanimar su abatido espíritu, para estimular sus agotadas energías...

El día es espléndido; alborea la primavera, y la naturaleza parece festejar coquetamente su despertamiento á nueva vida. En la avenida de los Campos Elíseos resplandece un sol alegre; los niños, rosados y frescos, rebosando salud, llenan el aire de gozosos gritos; las amas de cría aspiran el ambiente orondas y satisfechas; en la faz de los paseantes se refleja el júbilo, el placer íntimo de un resurgimiento de calor y de vida que les asciende de los pulmones.

Y en medio de aquel lujo y de aquella alegría, Claudio pasea lamentablemente su abandono. También él ipese á tal siente hoy algo que despierta en sus entrañas, algo que se agita en ellas, no como efluvios tibios, sino como llamaradas de incendio. Su vientre le grita con tanta mayor insistencia, cuanto que él también se remozca con aquel espléndido día de primavera... ¡Si al menos tuviese una pipa para adormecer á semejante antojadizo, á semejante hambriento!... pero ¡quía! ¡ni sombra de tabaco... desde hace tres días!

Encórvasele más la espalda á Claudio y se le ahueca más el abdomen. ¡En verdad, resulta un pobre diablo, nuestro indigente. Miradle subir por la Avenida, cuya anchura se prolonga, se prolonga siempre, encogiéndose allá arriba como para pasar bajo el Arco de Triunfo... Los zapatos del pobrete pisan silenciosos, apedazados, vergonzantes, entreabiertos del tacón á la punta...; su pantalón tristísimo, apenas si lograría sostenerse en las hundidas cade-

ras, á no ser por el afán de esconder desastres posteriores cubiertos penosamente por levita, otros tiempos negra, y ahora verde, gris, de color inverosímil, quemada por el sol, roída por el polvo, estropeada por la lluvia... Luego, coronando esos arambelles, un sombrero de copa, roto, pelado, rojizo... cuyos bordes parecen aleros de tejado...

Claudio va más allá, mucho más allá, á Courbevoie, donde tiene un amigo, tratante en hierros viejos, que gana hasta cuarenta sueldos diarios, cuando hace buen tiempo y la venta al aire libre, en la avenida, es afortunada. Allí encontrará seguramente una sopa, un vaso de vino... y una pipa de tabaco... ¡Ah, ah! una pipa... poder cargar la pipa... A vueltas con esos pensamientos, la boca se le hace agua, y la vida le sonríe con gran sorpresa suya.

Pero el camino es largo... la fatiga le vence... le asalta de nuevo el desaliento. Ruedan confusamente en su vacío cráneo, desazones, rencores, ideas de venganza contra la sociedad, contra los suyos, contra sí mismo... A semejante extremo le han llevado sus hermosas teorías humanitarias... Quiso ser caritativo, confiado, llegar á la meta de sus aspiraciones sin bajezas, sin intrigas, sin viles complacencias; más aún: sin incomodar á nadie, aun ocultándose para dejar paso á otros más dignos, más ávidos,



ó sencillamente más apurados... ¡Magnífico resultado el suyo! A la postre, hallóse distanciado, rechazado, desconocido... Su natural bondadoso juzgáronlo flaqueza; su amargura, envidia. Probó á comerciar, y le engañaron...; quiso dedicarse á negocios y no halló por todas partes sino el fraude y el dolo!... De caída en caída, descendió el pobre hasta el último peldaño de la escala social... ¡y hoy es un paria, un desecho de la sociedad, una vergüenza para su familia, que hace tiempo renegó de él!...

Barájanse confusamente en su enardecido cerebro todas estas ideas; pero de cuando en cuando, como pálido destello, como relámpago fugaz, atraviesa el cúmulo de sombras la pipa de tabaco, que allá abajo le espera... la magnífica sopa... la sopa caliente!...

— ¡No, ama, no; si hoy es jueves!...

Tal acento argentino acaba de sonar á su lado, pasando por los rojos labios de un ángel rubio.

— ¡Eh? ¿Cómo?... ¿Qué ha dicho ese galopín?... ¡Hoy jueves?... ¡No puede ser!... ¡jueves hoy!... ¡Ea! Basta de chanzas...

Acométele repentina angustia... ¿Se habrá, por ventura, engañado? ¡Precisamente el jueves, está su amigo en Vincennes, al otro extremo de París, en el mercado de hierros viejos! Es cierto que los días se

suceden tan monótonos y tan iguales para los pobres diablos, sin domingos ni fiestas que marquen un hito en su aburrida existencia!... Pero así y todo es posible que se haya equivocado. Aquí hay un kiosco de periódicos... ¡vamos á ver!

— ¡Rayos y truenos!... ¡Tenía razón!...

Pensando en lo dura que la vida es para los desheredados de la sociedad, Claudio quedóse como alelado un segundo, embabiecado, temblequeantes las piernas, secas las fauces, fijos, sin pestañear, los ojos en la cabecera del periódico, donde se leía *El Sol*, y donde ¡oh inexorable ironía! destacábase la palabra: ¡jueves!

— ¡Jueves! — repitió maquinalmente.

Luego, de pronto, sublevóse colérico. Aquello era demasiado... Ya que gastando escrúpulos, se llega fatalmente á morir de hambre, es muy sencillo el remedio: ¡prescindir de ellos! «Nunca es tarde para variar de consejo», se dice. De allí en adelante, no hará caso de necios prejuicios. El éxito, la fortuna, irá á buscarlos, ya que no se llegan á él. Todos los medios han de parecerle buenos... aun el robo si menester fuese...

¡Y cuando será rico, se vengará de los desdenes, de las humillaciones, de las injusticias!...

Pero, entretanto, ¿qué hacer?... ¿Ir á Vincennes? ¡Se encuentra tan cansado! Sus piernas se niegan á llevarle... Sin embargo, hay que probar...

Y Claudio el menesteroso, desanda la avenida, arrastrándose miserablemente. Da pena verle. Llega hasta el centro de los Campos Elíseos fatigado... fatigadísimo... ¡No le es posible seguir adelante! Ha de sentarse, sin remedio, aun cuando él no ignora que luego le será más doloroso emprender la marcha... Bajo los árboles hay un banco libre... Lo ocupa un solo paseante, un recaudador de impuestos. El suave calor-cillo de aquella mañana esplendorosa ha provocado en el funcionario dulce somnolencia. Su cabeza inclinada deja al descubierto su redondo cuello. La gorra, que se le ha puesto de través, no le oculta la frente, que es lisa, ligeramente combada, im-



placablemente testaruda... De pronto, Claudio se estremece. Conoce aquel uniforme y aquella frente donde la terquedad impera, aquellos labios rojos, gruesos, glotonos. Es su hermano... Su hermano, el excelente y honrado joven que mil veces le han citado como ejemplo, cuya actividad, probidad y

ordenada vida le han asegurado posición ventajosísima. Si, le reconoce perfectamente. ¡Cuántas veces, en días azarosos, fué á implorarlo, á suplicarle, sin que jamás él, su hermano, se enterneciese por sus desdichas!

— Créate una posición, trabaja y prosperarás — le respondía invariablemente — y entonces, vuelve á verme. Eres inteligente; estás en edad de bastarte á ti propio; hacer yo otra cosa sería alentar tu pereza y tu ociosidad... Yo estoy casado, tengo hijos... cada cual que se arregle.

A cada entrevista, habíale reiterado esos mismos consejos protectores, sin un gesto de auxilio, ni de piedad; y un cierto día, en que de nuevo hubo de presentarse Claudio, la sirvienta — porque su hermano tenía sirvienta — le había manifestado que como ya «el señor» contribuía con una cantidad que entregaba en la oficina de beneficencia, no podía socorrer á los mendigos callejeros.

Escuchando la apacible respiración del paseante adormecido, remontáronle al cerebro todos aquellos recuerdos envueltos en rencor, en deseos de venganza contra el egoísta cruel á quien favoreciera la suerte, y pensaba al propio tiempo en la satisfacción que él, Claudio, hub era experimentado en auxiliar á su joven hermano sin fortuna, de haber estado invertidos los papeles.

— ¡Ah, mentecato!

Casi en voz alta habían pronunciado esta exclamación los labios de Claudio. Sobre el banco, al lado del recaudador soñoliento, yace la enorme cartera entreabierta. Uno de los compartimientos está lleno de papeles, otro colmado de billetes de Banco... toda una fortuna: los hay pequeños, grandes, atados en fajos, que pueden cogerse, sacarse con la punta de los dedos...

— ¡Eh, eh! — exclama Claudio. — ¡Cuánta pipa de tabaco!...

Es su primer pensamiento. Llena su cerebro, lo ilumina. Ya vislumbra, en blanca servilleta, loca zarabanda de paquetes de superior picadura de Vuelta Abajo, que estalla cual resplandeciente fuego de artificio y se resuelve en humo. Poco á poco, este humo se perfuma con olorillos de cocina, los paquetes van aumentando, aumentando de volumen; truécanse en jamones fenomenales, en colo-ales pollos asados. ¡Qué azape, Dios santo! Bajo sus ojos dilatados, ebrio de hambre, el pobre familiar ve, siente, toca esa realidad inverosímil. Tiende su brazo hacia los billetes fascinadores. Un billete... uno solo... el más pequeño... Está al alcance de su mano...; el otro es rico... ni siquiera notará la falta.

— ¡La Patrie!... ¡La Patrie!... ¡Última hora! ¡con la prisión de los célebres banqueros Fraude y C.ª!...

El muchacho vendedor de periódicos pasa como una exhalación... Apenas se le oye ya vocear...

Pero Claudio ha experimentado en tan breves momentos, una visión extraña: París, el oro, la corrupción, la lucha violenta y salvaje de los ricos para mantener su lujo; las garras de los jugadores ambiciosos... y por encima de la inmundicia cloaca, una lucecilla temblorosa, todo su pasado, toda su probidad, que vacila... y un gesto, un nudo, va á extinguirla... la única luz en aquellas tinieblas!... Entonces, rechazando la tentadora idea, y de miedo que otras ansias, otras avideces despertadas por el aspecto del oro, le induzcan á nuevas tentaciones... entonces, su mano, su mano de indigente, se apoya... con suavidad, con cariño, en la abertura de la cartera, que se cierra con seco ruido al escape del resorte que garantiza la entrada del tesoro automático. La cartera guarda ya, inviolable, el misterio de su riqueza.

El ligero golpecillo ha sacado de su nodorra al recaudador. Languidamente, entreabre los ojos... ¡el calor suavísimo del sol, filtrándose acariciador por las hojas, enerva... convida á la molicié!... ¡pero, de pronto, los cierra precipitadamente para no ver!... Acaba de reconocer allá abajo, arrastrándose con paso vacilante... la silueta harto conocida... ¡ay! de aquel haragán... de su hermano... á quien toda su familia designa con el nombre de Claudio el PERDIDO!...

ESTEBAN JOLICLER.

Entre amigos:

— ¿Por qué no diriges la palabra á Pepe?

— Porque fué novio de mi mujer.

— ¿Y qué?

— Que me carga que haya sido más listo que yo.

— oo —

Un abogado se presenta al Tribunal, como testigo.

El presidente con acento paternal:

— Vamos, amigo mío; olvide usted por un momento su profesión, y díganos la verdad.

— oo —

Charlando:

— El mejor matrimonio, — dice uno — es el de inclinación.

— El mejor — replica otro, — es el de conveniencia.

— No, — añade un tercero — el mejor de todos es un matrimonio frustrado.

Cambio de opinión



— ¡No es un crimen privar de libertad á un ser tan soberbio, tan noble, tan...!



— ¡Dios me asista!... ¡Un barrote roto! ¡Si saliese la fiera!

El automóvil en el ejército



— No sabes? El coronel acaba de comprarse un coche-automóvil de veinticinco caballos.

— ¡Pues nos ha caído trabajo; para almorazar á tantos animales!

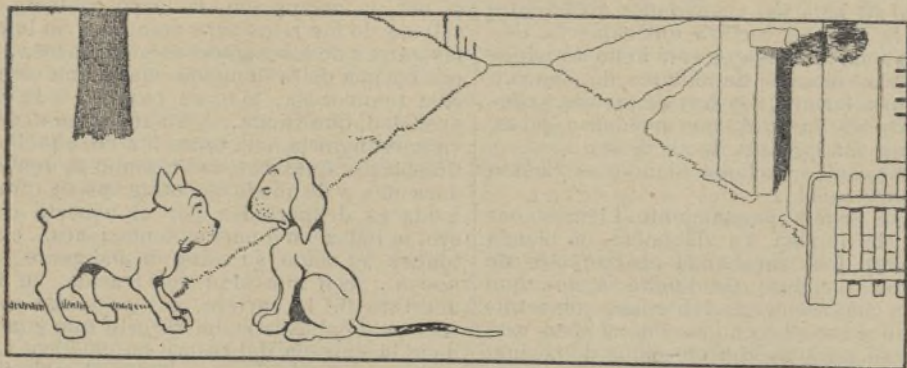


— ¡Bueno, no hablemos más, no quiero discutir más contigo, porque siempre andas buscando quisquillas!

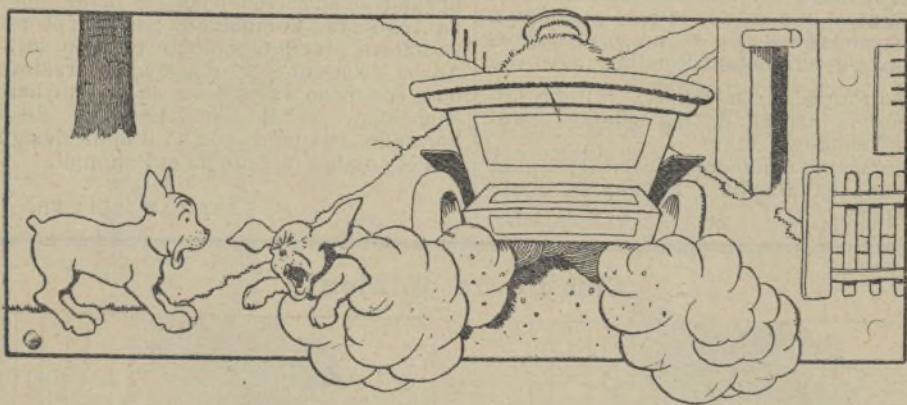


— Abuelita, ¡cuántos paraguas venderías durante el Diluvio!...

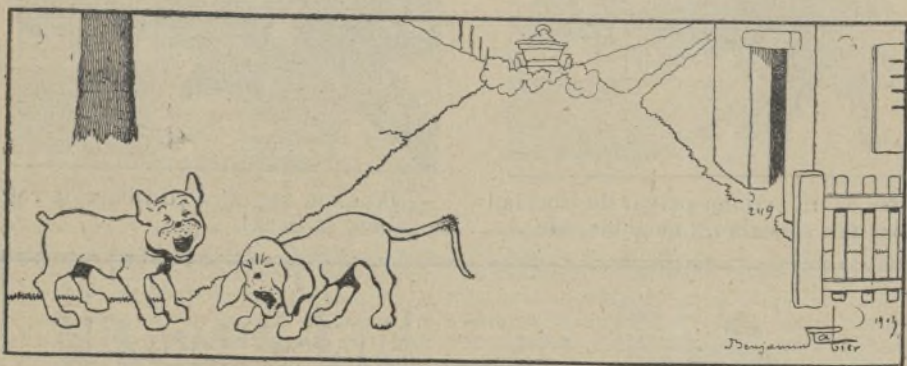
El automóvil y los dos perros



MEDORO. — Tu amo ha hecho mal en mandarte cortar la cola... No hay perro verdaderamente hermoso si carece de este elegante apéndice.



!!!



Tom. — La verdad es, que es preferible ser como soy... el peligro es mucho menor.

Una suegra le dice á su yerno:

— Confiesa que de buena gana me verías cien metros bajo tierra.

— ¡Qué barbaridad, señora! Me bastaría con uno.

—oo—

Un andaluz, al concluir de extraerle una muela, entrega al operador una moneda de diez reales.

El dentista, fijándose en la moneda:

— ¡Caballero, es un duro!

— No, señor; son diez reales. Mírelos usted bien.

—oo—

En el tribunal:

— Acusado, ¿se arrepiente usted de algo?

— Sí, señor; de haberme dejado cojer tan estúpidamente.

— ¿Conque ha reñido usted con Gutiérrez?

— ¡Nunca lo hubiera creído!... Gutiérrez se tomaba mucho interés en los negocios de usted...

— Efectivamente, tanto interés... que se tomó también el capital.

—oo—

Entre amigos:

— Figúrate cuál sería mi disgusto. Ayer, al volver á casa, encuentro á mi hijo, niño de tres años, ocupado en romper mis poesías.

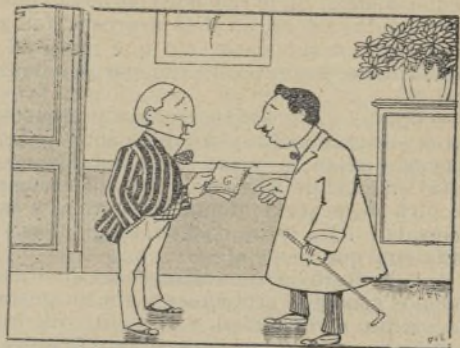
— ¿Pero ya sabe leer esa criatura?

—oo—

— ¿No es verdad que estás aquí por haber cometido muchos delitos?—preguntábanle á un preso.

— ¡Quiá! ¡no, señor!—respondió éste—¡estoy aquí porque me prendieron!

Un hombre distraído



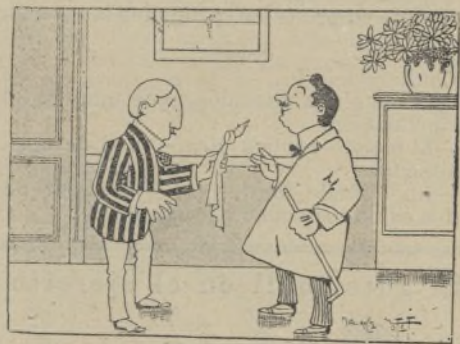
— Chico, me vas á hacer el obsequio de prestarme un pañuelo; me he dejado olvidado el mío.

— Con mucho gusto. Toma uno, y no te molestes en devolvérmelo; ya me lo darás cuando pase por tu casa... Pero, ahora caigo en que...



... con mi condenada memoria, seré capaz de olvidar que te lo he prestado. Verás: voy á hacerle un nudo, y así me acordaré.

— Toma, ya está.



— Pero... ¿y el pañuelo que te he pedido?

— ¡Pues bien, ahí le tienes; tómalolo!

Consolaban á un marido del mucho martirio que padecía con su mujer, diciéndole que en el Cielo tendría la recompensa.

Y él respondió:

— Mucho dudo que así sea, por ser caso nunca visto que del infierno se pase á la gloria.

—oo—

Dióle un portugués á Felipe II un diamante que le había costado setenta mil ducados; y diciendo Su Majestad:

— ¿Qué pensabáis cuando empleásteis tan gran cantidad en esa piedra?

— Pensaba, señor,—respondió—que reinaba en España un Felipe II.

Agradóle de tal modo á Su Majestad la discreción y despejo, que mandó se le pagase con ventaja.



UN CHOCOLATERO CÉLEBRE. — Está visto que en mi familia, soy yo el único que me vuelvo blanco al envejecer.



—¿Ves aquello, hijo mío?... Pues bien; las personas dotadas de imaginación y de gusto artístico, ven en los caprichosos arabescos de las nubes, formas de todas clases, y aun rostros de parientes y de amigos...

Un médico, á quien se le morían todos los enfermos, resolvió abandonar su carrera para ingresar como actor en el teatro.

—¿Y qué papeles va á desempeñar ese hombre?—preguntaba un amigo.

—Papeles cómicos.

—¿Conque se ha metido á gracioso?

—Así parece.

—Ya sé por qué. Para hacernos morir de risa.

—oo—

La tía de una encantadora sobrina exclama:

—Siento mucho, caballero, no poder aceptar su invitación, porque soy demasiado vieja y demasiado fea para frecuentar los bailes.

—Nada de eso, señora. ¡Si supiese usted qué espantajos van á los bailes, se animaría de seguro!

—oo—

Diálogo al vuelo cogido

En el baile de Menchaca:

—¿Sabe usted quién es, querido

Aquella opulenta vaca

Que al pasar ha sonreído?

—¿Cuál?—La gorda.—Caballero,

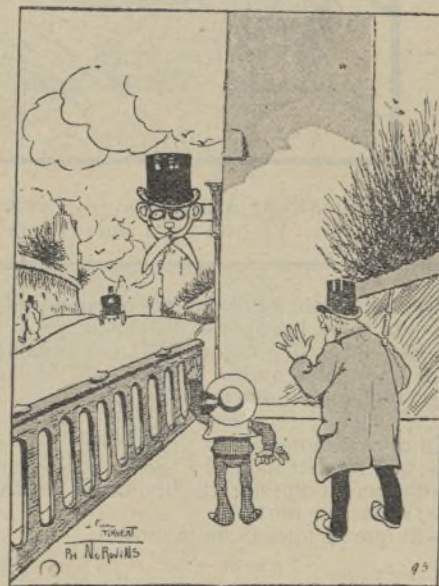
Es doña Julia Terrón,

Hija del duque de Ampuero,

Y madre de este ternero

Que está á su disposición.

Manuel del Palacio.



Dos segundos después, Bob volviendo el rostro.

—¡Oh qué bien! ¡Parece papá!

Al través de París durante las obras del Metropolitano



UN «AMATEUR» ALPINISTA. — ¡Perfectamente! Saltos de agua, chalets, kioscos, cabras, montículos escarpados, su ventisquero y todo... ¡Y que haya todavía imbéciles que se van á Suiza!

Preguntándole á Rossini qué opinión tenía formada sobre las óperas de Verdi:

—Ese maestro—contes'ó—tiene mucho bueno y mucho nuevo; sólo que lo bueno no es nuevo, y lo nuevo no es bueno.

En unos exámenes:

—¿Qué es patrimonio?

—El caudal que hereda uno de su padre.

—¿Y matrimonio?

—El que se hereda de la madre.

Un tío, rico, á su médico:

—¿Conque está usted seguro de que saldré curado de esta grave enfermedad?

—Segurísimo.

—Pues bien; le ruego que, con todas las precauciones posibles, comunique usted la noticia á mi sobrino.

—¡Hombre! ya me va cargando

Que, al cobrarme el camarero

Haza sonar la moneda

Dos ó tres veces lo menos.

—Es que pudiera ser falsa.

—¡Precisamente por eso!

E. Guillar Clari.

El amo de casa.—Si la señora pregunta por mí...

La doncella.—No tenga usted cuidado. ¡Sería tan raro que la señorita preguntase por usted!

De dos que viven amando,

Así la pasión yo entiendo:

El hombre, jura mintiendo,

La mujer, miente jurando.

—¿Cómo distingues á los gallos viejos de los jóvenes?

—Por los dientes.

—Pero ¿tienen dientes los gallos?

—No; pero los tengo yo.

Un sastre envía su aprendiz á cobrar una cuenta á un mal pagador.

Cuando vuelve el muchacho, le dice el amo:

—Apuesto cualquier cosa á que ese hombre te ha recibido muy mal.

—Al contrario. Le ha gustado tanto mi visita, que me ha dicho que vuelva.

Entre amigas:

—Oye, Luisa; tu amante acaba de hacerme una declaración. Tú, que le conoces á fondo, dime si puedo fiarme de su lealtad.

El poeta y los carteles

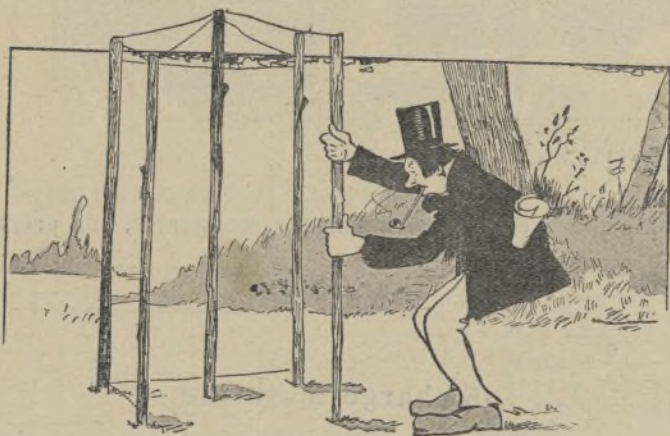


Si ver la luz pudierais debajo estos follajes,
¡Oh cuán hermosos fuerais, alejandrinos míos!
Aquí la aguda chispa del genio os vestiría
Ropaje más espléndido que en mi séptimo piso.

Así cantaba un joven poeta, que carecía de medios para
construirse una casa de campo.



Y apenas acababa de formular su voto, cuando se le apa-
reció su Musa y le dijo: «Quiero ayudarte á realizar tu deseo;
clava aquí cinco estacas y vuelve mañana.»



Desapareció la Musa, y su protegido se dispuso á obede-
cerla.



Pronto, un aluvión de carteleros, habiendo observado
aquella armazón, aplicó en ella tantas capas de papeles...



... que cuando el amigo de las Musas volvió al día siguien-
te, se encontró con que sólo necesitaba practicar aberturas
en aquellas paredes de nueva y económica albañilería.



Y ahora, únicamente espera á que vuelva á visitarle su
protectora, para festejar con ella su instalación en la quinta.



Prueba difícil

— Señor jefe, acaban de encontrar esto en la vía.
— Llévelo usted á la sección de objetos extraviados... y sobre todo que se exija á quien venga á reclamarlo, una prueba fehaciente de que él es el verdadero dueño.

Descubrimiento arqueológico



— ¿Y esto?... ¿Para qué diablos podía servirles?

Embargo matutino



EL ALGUACIL (con amabilidad). — Tranquílcese usted, caballero: la ley nos autoriza á embargarlo todo, excepto lo que pueda usted llevar encima.

¡Pobre víctima!



— ¡Mal rayo le parta al ratero miserable que me ha robado el pañuelo! ¡Como yo le cojera!



— ¡Caramba! ¡Qué gorda está la posadera!
— En cambio le falta bastante grasa al caldo que sirve.



UN DESAHOGADO. — No se puede llevar el bastón y comer y leer á la vez, cuando uno no dispone sino de dos manos.

— Acúsome, padre mío,
Que en viernes comí jamón.
— Hijo mío, ¿fué con bula?
— No, padre, con tenedor.

En una tienda de novedades.
Una señora. — ¿Tendrán ustedes mucho despacho?

El principal. — Mucho, señora. Figúrese V. que ahora acabo de despachar á tres dependientes.

En un tribunal:
El acusado. — ¡Bueno! Yo diré la verdad, señores jurados. Estaba tan desesperado, que resolví concluir con la vida... del otro.

Con Juan hablé mal de Pablo;
Con éste hablé mal de Juan:
Sábenlo, y conmigo están
Por esto dados al diablo.
Con gusto Pablo me oía,
Con gusto Juan me escuchaba,
Y uno y otro me incitaba:
¿En qué, pues, los ofendía?

Juan P. Forner.

El profesor, á una niña:
— ¿Puede V. citarme, señorita, algún mamífero que no tenga dientes?

— Sí, señor.
— ¿Cuál?
— Mi abuela.

Luisito ha cedido su sitio en un tranvía á una señorita entrada ya en años, la cual le da las gracias:
— Demuestra V., joven, ser muy fino al ceder el puesto á las señoras.
— Advierto á V.,— replica el muchacho— que sólo hago esto con las viejas.



— Por fortuna, hay transeuntes que parecen creados por la Providencia para llevar carga en exceso.

— Desde que casó Valbuena
Con su onsorte Pascuala
Que todo el año está mala.
— ¿Qué esposo la tiene buena?



Los apuros del Cabo

— ¡Pues, señor!... No veo modo de arreglar esto? ¡El sargento quiere que los ponga por orden de estatura y me da cuatro hombres de la misma talla!

Sólo bienaventurada
Logran fortuna, á mi modo,
O los que lo saben todo,
O los que no saben nada.
F. de la Torre.

En el juicio oral:
—Acusado, ¿tiene usted algo que añadir en su defensa?
—Ni un céntimo, señor Presidente. Todo lo que llevaba encima me lo quitaron cuando entré en la cárcel.

Si nos obliga á ayunar
A los veintún años Dios,
¿Por qué no ayunas, Gaspar?
—Porque tengo veintidos.

—¡En qué tiempos vivimos, querido Luis! Mi sobrino Ricardo, á quien siempre he querido tanto, va diciendo por todas partes que soy un canalla. ¿Habrás visto?
—Desengáñate, chico, ya no hay quien sepa guardar un secreto; pero ten la seguridad de que por mí no lo ha sabido.

Porque diez abuelos Blas
Cuenta, muy noble se dijo;
¡Holá! pues más noble es su hijo
Que cuenta un abuelo más.
H. J. de Crespo.

Un guardabosque sorprende á un cazador:
—Fuera de aquí,—le dice—que esto está vedado.
—Tengo permiso verbal del amo.
—¿Permiso verbal? Enséñelo usted.

En sus años juveniles
Jugaba Antón á las prendas,
Y su juego favorito
Era apurar una letra.
Hoy es todo un literato,
Y con tal donaire juega,
Que apura, al abrir la boca,
A la letra y á las letras.

Una mujer de diez y seis años se deja amar; una mujer de treinta años se hace amar.—*Ricard.*

—A Juan le falta un sentido.
—¿El del gusto?—No.—¿El del tacto?
—No.—¡Yá! la vista.—Inexacto.
—¿Ni el olfato?—Ni el oído.
—Pues dí, pedazo de atún,
Si todos dichos están:
¿Qué sentido falta á Juan?
—¡Toma! El sentido común.



GEDEÓN, Corresponsal en París, á su periódico *La Voz del Sahara*.

VÍA TAFARAO.—COSTA OCCIDENTAL DEL ÁFRICA.

«París 19, á las 14 h. 59 m. — Artista de feria. Fiesta de Neuilly (cercanías de París) fué derribado, al salir barraca, por automóvil que cortóle cabeza á cercén. Averiguaciones resulta que interecto hacia de cabeza parlante. Présase con entarios obstinado silencio del decapitado á pesar insistente interrogatorio Comisario, Agentes. Sospéchase si decapitación será simulada.—GED.»

«Post Data. — En Telégrafos aumentáronme precio comillas. Justificaré aumento factura próxima. Pongo mi firma en abreviatura para pagar menos.
»GED.—Vale.»

En el estanco:
—Caballero, esta carta pesa mucho.
—¿Y qué?
—Hay que ponerle otro sello.
—¡Justo! ¡para que pese más!

En tus versos á Teodora,
Fabio, no has hecho muy mal
En llamarla: *mi pastora*,
Porque la buena señora
Tiene la traza de tal.

T. de Iriarte.

Entre novios:
—Dime, Ernesto: ¿es verdad que no quieres á nadie más que á mí solamente?
—¿Que si es verdad? ¡Como que, en cuanto nos casemos, voy á echar de nuestra casa á toda tu familia.

Una mujer testaruda á quien su marido echaba en cara el que no cumplía con su deber:

—¿De qué te quejas?—le replicó;—yo quiero lo que tú. ¿No quieres tú ser el amo? Pues yo también.

Enfermo que á visitar
Llega el médico Estever,
Bien se puede asegurar
Que no vuelve á padecer...
Ni tampoco á respirar.

Liborio Porset.

—¡Es particular!—decía con cierto desconsuelo un calvo—mi hermano tenía muchísimo pelo, y lo conservó hasta el día de su muerte.
—¿Y murió muy viejo?
—A los quince años.

Error de miope



— ¡Caramba! ¡Qué soberbio racimo de uvas! Bajo corriendo á la calle á contemplar esa maravilla.



— !!!

Un señor, ya muy entrado en años, va á visitar á una antigua amiga.

Los dos no se habían visto hacía cuarenta años.

El. — ¡Ah, señora! ¡Cómo ha cambiado en este tiempo la faz de las cosas!

Ella. — ¡No, señor; las que han cambiado son las cosas de la faz!

El Sr. de Cóngriez, filólogo eximio, acaba de tomar un secretario:

— ¿Cómo has admitido á un hombre que escribe *onra* sin *h*? — le dice un amigo.

— Te diré; cuestión de economía, porque de emplear la *h*, sería preciso escribir *honrra*. Ya ves; dos letras más.

A la puerta de Viniegra
Llamaron con mano audaz:

— ¿Quién?, dijo. — Gente de paz.

Y al abrir, halló... ¡á su suegral

P. Reyundo.



La cortesía de M. Parvenu

LA VISITANTE. — Mme. Parvenu me ha dicho que estaba usted aquí, y no he querido marcharme sin decirle: hasta la vista.

M. PARVENU. — Dispénsame usted, señora, que no le estreche la mano, porque las llevo tan sucias, que ni mis pies!

¿Quieres, Leonardo, vengarte de Luis, porque reveló tus secretos, y que yo te ayude en aconsejarte?

Yo digo que, pues tú á ti secreto no te guardaste y á él se lo revelaste, empieza el castigo en ti.

Moreno.

Un marido muy apocado llama aparte á la criada, y le dice:

— Oye, Ruperta; me han dicho que mi mujer y mis hijas proyectan un viaje á San Sebastián. ¿Sabes si voy yo?

— Diga usted, señorita, ¿le ha sorprendido á usted mi declaración?

— No, señor; porque sé que es usted una persona de buen gusto.

Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

CHARADA

Prima niega; canta tres,
En prima dos vivo yo,

Primera dos quiere el todo,
Y á fe que tiene razón.

ENIGMA

Es bien que mi nombre notes,
Que es de reloj, de papel,
De juego, almirez y azotes,
Y conmigo dan rebotes
Y es mi cubierta de piel

ADIVINANZA

Me hallo en los escritorios,
En las casas de comercio;
Todos los ojos me miran
para ver lo que contengo
Mi vida está limitada,
Mis días están contados,
Y el día que á morir voy
Ya se sabe de antemano.

Soluciones

À LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

CHARADA. — Rosalía.

ENIGMA. — Tejado.

Imprenta de Henrich y C.^a en eta. — Barcelona

LE PÊLE-MÊLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 65, Rue de Rivoli.

BIBLIOTECA de Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican sucesivamente novelas de insignes literatos españoles, editadas con mucho esmero.

Miguel de Unamuno.
Amor y Pedagogía.

J. Martínez Ruiz.
La Voluntad.

Antonio Zozaya.
La Dictadora.

Timoteo Orbe.
Guzmán el Malo.

Dionisio Pérez.
La Juncalera.

Rafael Altamira.
Reposo.

Pío Baroja.
El Mayorazgo de Labraz.

Emilio Bobadilla (Fray Candil).
A fuego lento.

José del Cacho.
Heces y Espumas.

Ernesto López (Claudio Frollo).
Esau.

Arturo Campión.
La Bella Easo.

Luis López Allué.
La Enramada.

Ramiro de Maetzu.
La Mujer fuerte.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.^a, Editores
BARCELONA

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y caza para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

80 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglesa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española
por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

No empleéis
sino las
PLACAS
Y PAPELES

JOUGLA



CAZADORES A 30 metros, sin fuego, ni humo, ni ruido.
Toda clase de piezas, con perdigones o con bala.
Presión muy fuerte desde 12,50 Ptas.
INSTANTANEO — 18,50 y 22,50 Ptas.
MATA-GORRIONES — a 4 francos y a 6,50 Ptas.
(Armas nuevas depositadas) Cal. 6to y 7mo.
RIGAUD, inv. fabr. 26, r. du Temple, PARIS.

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en buena calle de
en San Andrés de Palomar — Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

MÁQUINAS COSER PARA

DE TODOS SISTEMAS.—ESPECIALIDAD EN

**LAS DE BORDAR
Y HACER MEDIAS**

Verdaguer y Rambla, Jaime I, n.º 6.
BARCELONA

**CALENDARIOS
Y DIETARIOS 1904**
Grandes tiradas en variedad de clases
HENRICH Y C.^a

Se necesita una aprendiz modista, ganandó.
Calle de la Plata, num. 45, 2.º y 3.º Grada.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — **BARCELONA**